

## SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



El recordado Francesco Orrico.  
Archivo: Patricia Orrico P, 2006



Francesco Orrico y "Giusi" Papaleo.  
Archivo: Patricia Orrico P, 2006.

### RECORDANDO A FRANCESCO ORRICO Y EL MÁRMOL

En uno de los rincones más selectos del Cementerio General un ángel acaba de verter una lágrima. Nadie lo percibe, y aunque el ser alado no solloza como un niño, su rostro atribulado expresa con claridad la congoja y desazón que su frío cuerpecito regordete y pétreo padece. A primera vista resulta por demás evidente contemplar una escena de esta naturaleza en el seno mismo de la necrópolis. Total, los cementerios constituyen desde siempre la morada final donde los cuerpos inermes y deteriorados de miles de hombres y mujeres acabarán por fusionarse lenta e inexorablemente con la tierra. Ante este proceso de orden natural, resistido y cuestionado por la inmensa mayoría de seres humanos, no hay objeciones que valgan. Los cementerios, por lo general, guardan en sus gélidas bóvedas la historia del pueblo y son, a la vez, escenario exclusivo para cobijar el dolor irreparable y los lamentos plañideros de quienes lloran a los ausentes. Pero no es esta la causa principal que provoca amargura en el pequeño hombrecito de protuberancias carnosas y rizos exuberantes. Él, como tantas otras estatuas o monumentos que adornan la antigua necrópolis paceña, ha visto desfilar desde las alturas de un mausoleo a miles de comitivas fúnebres donde el llanto vivo y las oraciones entrecortadas se funden en un solo murmullo musitando desolación. No, en esta ocasión el ángel reclama con dolor propio. Dolor que le empieza a crispas los miembros de mármol fino y cincelado perfecto cada vez que observa la indiferencia burocrática con la que se mueven los diferentes administradores del cementerio público ante el estado ruinoso del arte sepulcral. Nadie dice nada y lo peor es que se están ignorando los daños severos que va produciendo el tiempo, la polución y la mano delictiva del hombre al esplendido ornamento que dejaron como muestra indisoluble de talento y gracia los artistas y profesionales italianos que anduvieron por estas tierras, entre ellos, Francesco Orrico y Rafael Grisi.

Si se tiene que hablar de Francesco Orrico no es necesario trasladarse hasta la remota región de Trecchina, lugar de origen de los Grisi Orrico, basta con repasar los pasos discretos pero importantes que dio el italiano sobre suelo boliviano. En 1923, Francesco, todavía adolescente y con rasgos evidentes de timidez, llega a la ciudad de Sucre acompañando a su hermana mayor Rosa y al esposo de ésta, Rafael Grisi. El grupo familiar estuvo encabezado por Giuseppe Orrico, miembro adulto de la familia que tenía como mujer y pretexto de viaje permanente hacia esas latitudes de Sudamérica a una respetada señora chuquisaqueña, Lola Gantier. Francesco, ante la ausencia obligada de sus padres, recibió de Rosa y su marido cariño pero por sobretodo educación. Fue inscrito en el colegio Sagrado Corazón y luego quiso seguir estudios superiores en

las reconocidas aulas de la universidad local. Sin embargo, y pese a sus aptitudes, el joven fracasará en sus intentos por hacerse de un título profesional. En un principio había apostado por la Administración de Empresas, pero el destino le tenía reservados emprendimientos distintos en otras regiones bolivianas. Rafael, su cuñado, era culto pero además emprendedor, sabía que allí no podían quedarse dormidos ni un segundo porque las oportunidades, si bien no eran pocas, también se escurrían resbaladizas como peces vivos en las manos. Trabajaron con ahínco surtiendo a la población chuquisaqueña con productos variados, telas, guantes y sombreros, todos ellos provenientes de Europa. Pero el viento en la ciudad de Sucre no se presentaba favorable para seguir impulsando la venta en el almacén. Los problemas internos –riñas y discrepancias con el “tío Giuseppe”– se presentaron de manera diversa. De esta forma, los dos familiares convinieron en buscar mejores perspectivas laborales fuera de Sucre y tomaron en el acto la resolución de trasladarse hasta La Paz. Ya habituados a las costumbres locales y con un negocio nuevo instalado en la céntrica calle Comercio, los italianos de Trecchina encauzaron su camino de comerciantes. Las ventas, como era de esperarse, resultaron adecuadas y las ganancias les permitieron incrementar su patrimonio familiar. Francesco y Rafael, a la hora del trabajo, eran uno solo y eso les trajo beneficios diversos, como la adquisición de la marmolera del señor Alceste Venturini. Con este nuevo desafío, llevar la conducción de la empresa y cumplir con todos los contratos vigentes, ambos se endosaron el overol y juntos contrataron personal e hicieron una remodelación adecuada de toda la maquinaria disponible. Era para verlos una y otra vez, los dos trabajaban incesantemente y nada parecía detener aquellas jornadas de labor. Tanto Francesco como Rafael ponían el máximo de entusiasmo a todas las actividades que realizaban. Uno iba hasta Arica para recoger el mármol que allí llegaba mientras el otro se encargaba de cumplir con todos los contratos y pedidos que tenían registrados en la carpeta. No faltaban los días en que juntos se sometían a las sesiones asfixiantes y agotadoras en el taller, respirando con dificultad entre nubes blanquecinas de granito. Claro, el esfuerzo y sacrificio dio frutos pronto y estos se contabilizaban al por mayor. Los trabajos de la Marmífera y Fundación Boliviana se hallaban presentes en el interior de las residencias particulares bajo la forma ostentosa de una escalera elaborada con mármol de Travertino; en los jardines y paseos del Cementerio General donde las imágenes exponían siluetas relucientes de mármol blanco y hasta en el mismísimo altar de la iglesia de María Auxiliadora. Allí los fieles comulgan todavía ante la sobriedad y magnificencia del mármol verde de Carrara.

Francesco y Rafael o Rafael y Francesco, lo mismo da, cosecharon satisfacciones innumerables y la rúbrica de esta ejemplar alianza se halla incrustada en la silueta delicada del ángel que hoy llora pidiendo atención. Francesco Orrico tuvo tres hijos: Amparo, Mario y Patricia, ésta última fruto de su enlace matrimonial con la afable señora italiana Giuseppina Papaleo. Francesco murió en marzo de 1982.